

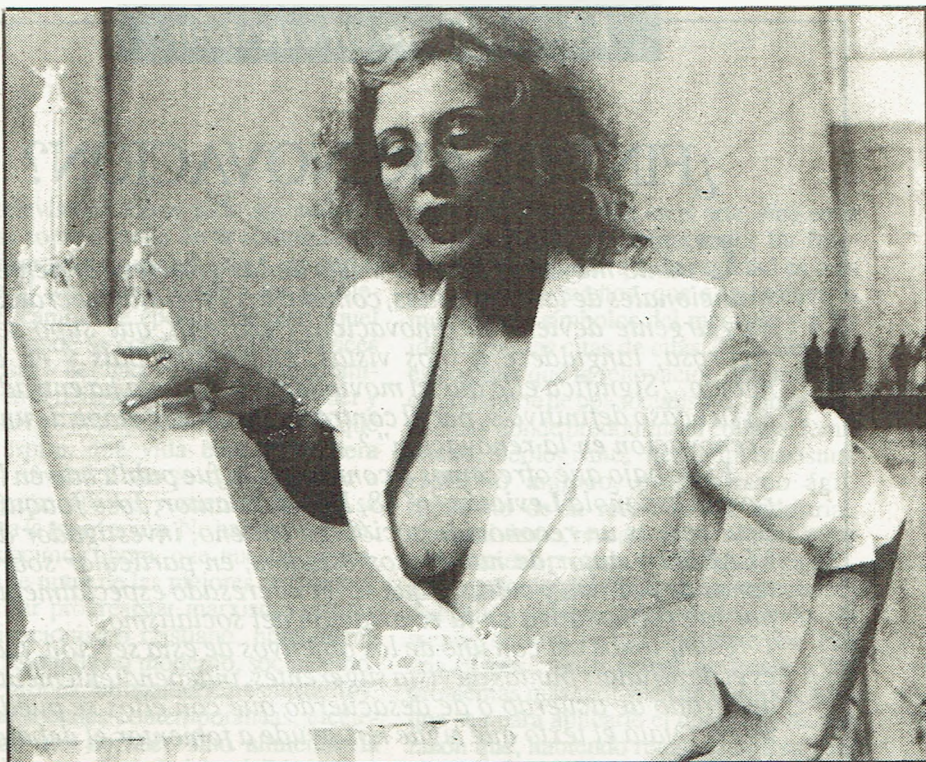
Con Libertad Leblanc

“Yo era fuego”

Entrevista de María Esther Gilio

¿Dónde pondríamos a Libertad Leblanc en Montevideo? ¿Dónde, con sus satenes y sus terciopelos, sus joyas, y los encantos que trajo al nacer y trabajó hasta la perfección con el correr del tiempo? ¿Qué harían los uruguayos con esta imagen que fascina, cautiva y asusta? No es difícil imaginar al uruguayo medio diciendo: “No no, que pase y venga otra, es demasiado”. Al festival de Cinemateca trajo *Standard*, un filme producido y protagonizado por ella. “Basta de imitar a los yanquis” dijo juntando las cejas pero sin renunciar a su voz de gata.

En la siguiente entrevista, realizada a fines del año pasado, habla de su trabajo sobre sí misma, de su labor de *self made woman*.



La entrevista se hizo junto al fuego de la chimenea, en el dormitorio de Libertad Leblanc, ante su cama de reina llena de almohadones y volados que iluminaban dos lámparas hindúes de bronce y piedras. Libertad Leblanc, con un jogging de terciopelo chiffon negro, con su piel que ignora al sol y su pelo rubio cayendo en cascada sobre la espalda, me explicaba cómo “el deslumbrar a los hombres no es una posibilidad que sólo tengan algunas mujeres”.

—Todas tenemos la posibilidad de hacernos desear, lo que pasa es que hace falta cerebro.

—Yo creía que hacía falta cuerpo.

—Además de cuerpo, claro. Si yo no hubiera sido bonita —dice haciendo balancear la cabeza—, si no hubiera tenido un hermoso cuerpo, ¿cómo habría hecho para inventar esta imagen que es Libertad Leblanc?

—¿Qué habrías sido en ese caso?

—Tal vez me habría reservado un lugar detrás de cámaras, o detrás de una máquina de escribir. Habría sido una intelectual —dice con cierto deleite que se le ve en los ojos entornados y la boca entreabierta.

—¿Y te habría gustado ser una intelectual?

—Soy también una intelectual. ¿O vos creés que esta imagen es obra de la casualidad? Es mi cabeza quien la maneja. Si no hubiera una mente lúcida, llevando las riendas, esta imagen se desintegraría. Como se desintegró la de Marilyn Monroe pero, ¿qué digo!

—Claro, no fue su imagen sino ella misma quien se desintegró.

—Ella no pudo soportar el peso de esa historia que otros le inventaron. Aunque también hubo allí cosas políticas. Pero todo eso presionó de una manera tan destructiva sobre ella porque no tenía seguridad en lo que hacía ni tenía respeto por sí misma. Si se hubiera respetado como yo me respeto, nada habría pasado.

—Vos decís “como yo me respeto”. De pronto, respetarse menos es una forma de la modestia.

—¿Para qué sirve la modestia? ¿Para llegar a santa? Eso nunca le dio de comer a nadie. Yo respeto sin ninguna modestia la imagen de Libertad Leblanc porque es la que me dio de comer, la que yo inventé, la que amo, la que me divierte, la que está ahí para usar cuando quiero y para dejar al costado cuando quiero. La que fue imitada por cantidad de figuras. (Libertad, de pie, se pasea por el cuarto. Tira hacia atrás el pelo y afina su cintura con un gesto.)

—¿Qué tiene esa imagen de tan especial?

—Tiene en cuenta lo que esta sociedad desea y necesita. ¿Vos irías a vender medias de lana al norte de África?

—No, claro que no. Pero, ¿qué es lo que vos ofrecés concretamente?

—Algo que al ser humano le hace falta

y que sigue y seguirá haciéndole falta. Muchas cosas mueven al ser humano: el miedo a la muerte, el parir de una mujer, el miedo en general, y el erotismo.

—Y tú ofreciste erotismo. Lo tenías...

—Cómo habría podido ofrecerlo si no lo hubiera tenido ¡a toneladas! Yo era fuego —dice y busca en mi rostro la confirmación de lo que dice— ¡Fuego!

—Todo fuego.

—¡No! ¡Cómo todo fuego! Un fuego que el cerebro controlaba. Pero esto no podía verse y no lo mostré. Porque si los hombres hoy todavía se asustan, imagínate hace 20 años —dice Libertad dejando caer la cabeza hacia atrás y entornando los ojos en una imagen que actualiza el erotismo que programó hace dos décadas. Sobre la cama un enorme cuadro en tonos de azul muestra a la misma Libertad, sabiamente iluminada y ofreciendo todo lo que Dios ha puesto en ella para que sea ofrecido—. Yo era una sexy fatal, con un par de pestañas larguísimas, la imagen misma de la cama. Nadie podía verme sin pensar en una cama. Pero cuando llegaba a casa me sacaba las pestañas, la blusa escotada hasta el ombligo, me ponía unas alpargatas y otra vez era yo misma.

—¿Con qué se condimentaba esa imagen erótica, con agresividad, con timidez?

—En general la imagen era tierna, vulnerable, desprotegida y, a veces, agresiva. Era una mezcla que provocaba en el hombre la ilusión de que podía dominar. Dominar como macho y proteger.

—¿Cómo te descubriste a vos misma? ¿Los demás te mostraron tus posibilidades o las viste sola?

—Desde muy chica fui muy admirada, sobre todo por mi cara, porque el cuerpo, tapada como estaba por las monjas, hasta la barbilla, no se me veía. A lo que fui creciendo vi que también era admirado mi cuerpo. El pecho que me apretaban en el colegio, porque era algo pecaminoso, pasó a ser tan valorizado por los que me rodeaban que yo también empecé a valorizarlo.

—Y a mostrarlo.

—Sí, y a mostrarlo, porque era bello y de pecaminoso no tenía nada —dice poniendo ambas manos sobre los senos—. Algo hermoso que sigue siendo algo hermoso. Y luego ocurrió que empecé a hacer teatro con Alejandra Boero y Pedro Asquini, quienes me ofrecieron seguir con ellos. “Tenés condiciones —dijeron— pero no podés dejar la escuela.” Pero yo necesitaba dinero. Recuerdo que les dije “Yo voy a hacer cine. No cualquier cine, sino algo llamativo, erótico”. Y viendo que Alejandra se preocupaba, le dije: “No te preocupes porque voy a ser una gran estrella internacional”. Alejandra todavía se acuerda. Yo tenía 19 años. A los 22 tenía una película en Broadway.

—Trató de recordar la primera vez que gustaste a un hombre.

(Libertad suelta una carcajada alegre.) —Yo sé la primera vez que me gustó un hombre a mí. Era un cura. Yo tenía 10 años

y me enamoré. En forma platónica por supuesto. El nunca se enteró.

—¿Qué tenía de tan atractivo?

—Una gran dulzura. Era muy delgado, altísimo y se llamaba el padre Agosto. Para verlo me confesaba todos los días. ¡Era tan espiritual!

—¿Tenías que inventar pecados!

—Ah, no sé, yo era bravísima de chica. Siempre algo podía decir. A los 14 años, por ejemplo, me enamoré de Pedro López Lagar y los jueves, para verlo, me escapaba del colegio y me iba al cine con los chicos del Don Bosco, que estaba a la vuelta del María Auxiliadora. Tan salvaje era, que me echaron cuatro veces del colegio —dice y queda pensativa—. Mi padre había muerto y mi madre se había vuelto a casar. Creo que yo, con todo eso que hacía, buscaba llamar la atención; era muy insegura.

—Vamos a pensar y hacer una suerte de comparación con algunas de las grandes vedettes.

—Yo no soy vedette. Yo soy estrella, como lo fue Marilyn Monroe o Sarita Montiel. Vedette fue Néliida Lobato.

—Hagamos la comparación entonces con una estrella, pero del mismo ambiente. Isabel Sarli, por ejemplo.

—Isabel Sarli es obra de Armando. Yo soy mi propia obra. Claro que no olvido la primera persona con quien hice cine, Emilio Spitz. Pero yo ya tenía una imagen definida cuando hice esa película con él.

—Describite a vos misma. Decime cómo sos.

—Soy confiada y desconfiada. Soy extremista. Amo y odio. Soy agradecida y soy rencorosa. Y no creo en la gente que es agradecida y no es rencorosa. Ambas cosas son las dos caras de la misma moneda, si no es rencorosa es porque no es agradecida.

—¿Cómo te sentiste la primera vez que te viste desnuda en la pantalla?

—Ay, casi me muerdo —dice Libertad soltando una carcajada nerviosa que deja la duda de si la muerte era por vergüenza o por placer— todo se veía tan grande en la pantalla, tan blanco... tan redondo... mi culo ocupaba media pantalla. Pero al mismo tiempo era tan bello, tan estético. Yo aparecía de perfil, arrodillada, y con una cinturita muy fina. Me vi y no me reconocí. ¿Quién era aquella joven? Con el ser humano pasa algo misterioso. Creemos conocer nuestro cuerpo pero no lo conocemos. El espejo no muestra lo que somos. Para saberlo tenemos que verlo filmado, verlo en movimiento. Por eso yo me hago filmar de tanto en tanto para saber cómo estoy.

—Cuidás mucho tu cuerpo.

—Sí, me resulta fácil cuidarme. No fumo, casi no bebo. Y el sexo actualmente lo ejerzo poco. El SIDA ha cambiado mis costumbres, las de todos.

—Vos que dependés mucho de tu imagen física, hablame un poco de cómo te afectaron las exigencias que la moda ha tenido sobre el cuerpo de la mujer. En los 40 cinturafina, caderas y pechos abundantes.

—La mujer Divito. En los 60, un palito. —En los 70 se afinan las caderas y se ensanchan los hombros. En los 80...

—En los 80 vienen esas figuras tipo Rubens con grandes piernas, grandes culos que en Rubens hasta tenían celulitis. Me encantan esas figuras de Rubens.

—Será porque te encontrás parecida.

—En algún sentido. Yo soy más pequeña, tengo cuerpo de guitarra —dice Libertad alzando el torso y, como una leona, esponjando la melena—. A mí no me interesa lo que diga la moda. No me gusta ver una persona y no saber si es mujer u hombre. Esa es una imposición de la moda a la que yo ni pienso someterme.

—¿Cómo sentís las exigencias de los norteamericanos y los latinos respecto del estilo físico?

—La sociedad americana es un gran matriarcado. Y este hecho determina, entre otras cosas, que al hombre le gusten las tetas.

—Aunque hay en este momento una valorización casi mundial de otras partes del cuerpo, la cola...

—Sí, claro, hablás del culo. Yo creo que hay ahí, en esa exagerada valorización del culo, una homosexualidad solapada. Y no tan solapada porque esa moda ha sido inventada por los que en general inventan esas modas: los hombres. Pienso que un hombre bien macho se debería sentir más atraído por los que son los elementos paradigmáticos de lo femenino: las caderas, las tetas y no por el culo.

—Bueno, estas palabras tendré que cambiarlas cuando reescriba la entrevista.

—¿Cambiarlas? ¿por qué? Esas palabras son las palabras que están en el diccionario. Esperá, voy a buscarlo para que las veas.

Trajo el diccionario y leyó las definiciones con la voz pausada y el aire serio de una escolar bien portada. Las encontró, por supuesto.